

Wolf, E. 1966: «Kinship, friendship and patron-client relations in complex societies.» En The social anthropology of complex societies. M. Banton, eds. Tavistock Publications. London.

Notas al pie

¹ Citado en Gerardo Munck 1996: 231 (Ver su Apéndice: una reconstrucción del concepto de régimen político)

² citado en Munck 1996: 230 (Ver Apéndice: una reconstrucción del concepto de régimen político)

³ Me estoy refiriendo más precisamente a Ayse Gunes-Ayata (1994)

⁴ Para un análisis de la «forma de dar» como garante de la reproducción de los vínculos clientelares en la actualidad de un barrio del Gran Buenos Aires desde una perspectiva simbólica, ver Auyero, J. 1996.

⁵ Esta aproximación al clientelismo como una forma de resolución de problemas de los pobres urbanos del Gran Buenos Aires es desarrollada por Javier Auyero (1996)

⁶ una traducción acertada, a pesar de (pero precisamente por) sus connotaciones para los argentinos sería «quilombo».

⁷ En esta misma línea de análisis, Sydel Silverman (1986) propone distinguir entre el mito del patronazgo y la relaciones de patronazgo en el sentido de los intercambios efectivos que pueden relevarse entre patrón y cliente en una comunidad determinada.

⁸ De esta perspectiva participa Luis Roniger (1994). El autor también agrega como factores limitantes del desarrollo del clientelismo al desarrollo de los mercados, las regulaciones fuertes y centralizadas, la mundialización de la economía y las restricciones en el gasto de los estados y sus agencias.

Lic. Edelmiro Alejandro Busto
Prof. Martín Carballo*

EL MITO: LA REVALORIZACION DE UN INSTRUMENTO POLITICO OLVIDADO

Luego de veinte largos años de intentos infructuosos por reinstalar el ritmo de crecimiento sostenido que tuvo el capitalismo desde la segunda posguerra, hasta que estalló la crisis del sistema a comienzos de la década del setenta, los programas neoliberales han fracasado rotundamente. El hecho de no haber conseguido una tasa de crecimiento estable, que fue su fin último, no implica que la dinámica que tiene el neoliberalismo esté agotada, ya que si bien su fracaso económico no se puede ocultar, ha tenido un éxito concreto política y culturalmente puesto que tal cuerpo de ideas y métodos consiguió presentar una estructura doctrinaria coherente, autoconsistente y militante que la distancia del eclecticismo liberal y la emparenta más en su forma de funcionamiento con el «socialismo real».

El neoliberalismo tuvo dos enemigos declarados, por un lado el keynesianismo y por el otro el «comunismo» de la URSS, a los dos derrotó. Sus recetas de deflación, el aumento de las tasas de ganancia, el derrumbe del movimiento sindical en los países industrializados, el aumento del desempleo y una rápida caída de los salarios reales, el ajuste estructural que desarrollaron los Estados Nacionales sobre sus viejos esquemas estratégicos empresariales, pusieron fin al keynesianismo y su estado de bienestar.

La crisis económica y política que se agudiza dramáticamente a partir de 1989 en el campo «comunista» y que derivará en la posterior desintegración del imperialismo soviético, dio al neoliberalismo un triunfo político que lo revitalizó en momentos en que se hacían evidentes sus magros resultados económicos alcanzando una aceptación ideológica a nivel mundial de gran importancia. Esta hegemonía cultural y política que hoy posee el neoliberalismo, creemos está sustentada en la reaparición de la idea absoluta de Hegel y que se presenta hoy como el fin de las ideologías lo que posibilitó entre otros ejemplos el desarrollo del mediocre trabajo de Fukuyama que planteó como algo novedoso el fin de la historia, alcanzando un éxito de difusión que llevó a

(*) El Lic. Edelmiro Alejandro Busto y el Prof. Martín Carballo son integrantes de la cátedra de Historia General Americana II - UNMdP.

un sinnúmero de debates teóricos políticos sobre algo que no tiene más sustento que un análisis abstracto.

El otro soporte que mantiene al neoliberalismo como nueva idea absoluta es lo que hoy se denomina posibilismo de izquierda. Esta propuesta política con programas económico sociales difusos, sin conexión concreta con la realidad, que basamenta su accionar sobre esquemas legalistas muy estáticos y que apuntan a una progresión estratégica sobre la toma del poder tendiente a volver a darle un rasgo humano al sistema capitalista, choca, creemos, con las propias contradicciones internas del capitalismo.

Este panorama de resignación y pesimismo frente a la ideología neoliberal, lleva a retomar con la mayor profundidad y realismo posible el rol de los intelectuales.

Ante estos interrogantes hay dos caminos, por un lado ser simples burócratas del modelo, imbricados en cuestionamientos abstractos e indefinidos, donde los honores, becas y distinciones académicas son las formas más comunes de prostituir a los intelectuales y que por consiguiente el nihilismo es la opción que la mayoría de estos intelectuales abraza para aplacar su conciencia.

El otro camino es tener un compromiso con el saber, un real compromiso con las clases trabajadoras potenciando los debates sobre un posible cambio social, tomando diferentes autores que desde una perspectiva de izquierda desarrollaron y enriquecieron el marco de análisis materialista histórico, impulsando a demostrar y asegurar que los estudios y análisis sobre la sociedad actual como en su proceso histórico pueden conducir a interpretaciones que afirmen una transformación revolucionaria no sólo desde el campo teórico sino también en la práctica política.

El quiebre con el criterio de verdad, que se impone como un armónico catálogo inamovible, debe ser empleado por los intelectuales transformativos, traspasando el carácter pesimista e individualista siendo realmente intelectuales orgánicos de la clase a la cual dicen pertenecer. Esta opción no es fácil pero si alguna enseñanza podemos sacar del neoliberalismo es la de no tener miedo de estar contra las corrientes políticas de nuestro tiempo; no transigir en las ideas, no aceptar ninguna dilución de los principios, no aceptar como inmutable ninguna institución establecida. Por lo expuesto en esta breve introducción, es el objetivo de este artículo revalorizar las posiciones teóricas de aquellos intelectuales marxistas latinoamericanas que no sólo desde posiciones teóricas, sino también desde la praxis política enriquecieron el marxismo hasta darle un particularismo latinoamericano. Estos hombres son entre otros J.C. Mariátegui y Aníbal Ponce, las posiciones que ellos asumieron y que permitió integrar la práctica con la teoría no son casuales, ya que ellos enfrentaron una coyuntura tan difícil como la actual.

De todas maneras en los momentos históricos en que se llevó a cabo su producción intelectual, existía otra «idea absoluta» dentro del marxismo, ésta fue el stalinismo, con las implicancias que tuvo para el posterior desarrollo del mismo; puesto que cristalizó hasta tal punto, que un pensamiento dinámico basado en una visión dialéctica sobre los procesos sociales, se transformó en un manojito de verdades incuestionables que vertía la burocracia partidaria y quienes planteaban otras posiciones tácticas a seguir eran expulsados o marginados.

Una de las primeras afirmaciones que hicimos fue reconocer la hegemonía cultural neoliberal, por ello vemos de suma importancia el tratar de comenzar a disputar dicha supremacía, y una de las formas de hacerlo es sacar del ostracismo a intelectuales transformativos. Es en este terreno donde se enriquecieron sus enseñanzas ya que al no aferrarse a ningún dogmatismo les permitió recurrir a distintos teóricos para establecer una estrategia que les acercara a las masas y difundir el pensamiento marxista.

Entre los marxistas próximos a la II Internacional, fue quizás Jorge Sorel quien mayor influencia tuvo en el pensamiento de Mariátegui; diversos autores todavía hoy discuten si en realidad Mariátegui fue soreliano o marxista (Oscar Terán en Punto de Vista N° 2). Pero nuestra intención no es entrar en esa polémica ya que esto conllevaría a alejarnos del problema planteado sobre cómo establecer distintas posiciones que enfrenten con eficacia la hegemonía cultural neoliberal. Si nuestra propuesta fija la necesidad de revertir la hegemonía política y cultural que nos plantea la burguesía tratando de volver a iniciar un modelo alternativo, uno de los instrumentos políticos a tener en cuenta, a redelinear y volver a hacerlo esencial es el funcionamiento estructural de la ideología marxista, es la formulación que desarrolló Sorel sobre el mito. Si bien muchos intelectuales se oponen a tal propuesta, a lo largo del siglo XX ésta funcionó dentro de la cultura marxista.

A partir de la Revolución de Octubre, que fue la heredera de la lucha que dejó inconclusa la Comuna de París, y el desarrollo soviético con todas las contradicciones que podemos encontrar en sus setenta y dos años de vida ocuparon el papel de mitos en la cultura marxista.

En el campo latinoamericano la mayoría de los llamados movimientos de liberación nacional tomaron a la Revolución Cubana, así como las figuras de Ernesto Guevara y Fidel Castro como mitos, los cuales conformaron un conjunto no sólo de ideas y proyectos, sino también un bagaje de experiencias, valores y normas sociales que permitían alzarse como una alternativa clara y posible. De todas formas, creemos que vale hacer la salvedad sobre la funcionalidad del recurso teórico del mito planteado por Sorel, el cual posee sentido si está inmerso en un análisis político, sin tal rasgo se vicia toda posibilidad de aplicación como categoría analítica.

Sorel define el mito de la siguiente forma: «Con todo no podemos actuar sin salirnos de lo presente, sin razonar acerca de ese porvenir, que parece libertarse del yugo de nuestra razón. La experiencia nos indica que las construcciones de un porvenir indeterminado en el tiempo pueden poseer cuantiosa eficacia y muy pocos inconvenientes, si revisten determinada naturaleza. Ello ocurre al tratarse de mitos que reúnen las tendencias más fuertes de un pueblo, partido o clase; y que, sobre mostrarse al espíritu, con insistencia de instintos, en todas las circunstancias vitales, dan aspecto de realidad plena a las esperanzas de acción próxima en que se cifra la reforma de la voluntad. Sabemos también que esos mitos sociales no impiden en modo alguno que el hombre aproveche cuantas observaciones hiciera en el curso de su vida, ni se oponen a que desempeñe sus ocupaciones normales»... «Debe juzgarse los mitos como medios de obrar sobre lo presente, y por tanto huelga cualquier discusión que se relacione con el modo de aplicarlos materialmente al curso de la Historia. Lo único que interesa es el conjunto del mito; sus partes sólo tienen interés por el resalto que dan a la idea contenida en la construcción». ⁽¹⁾

Es en el marco de esta definición que Mariátegui recreó el mito soreliano de la huelga general y lo adapta a la realidad latinoamericana, ya en «Siete Ensayos» se refiere al mito, pero es en «El Alma Matinal» y «En defensa del marxismo» donde aparece nitidamente. «La fuerza del proletariado reside en su mito, y es así una fuerza religiosa cuyos motivos se han desplazado del cielo a la tierra. No son divinos, son humanos, son sociales». ⁽²⁾ En este pasaje citado, Mariátegui plantea la utilización del concepto de mito no desde el plano teórico, sino político y es aquí donde encuentra contenidos muy concretos de acercamientos a las masas.

En otro pasaje del mismo trabajo, agrega sobre el mito «Ni la razón ni la ciencia pueden satisfacer toda la necesidad de infinito que hay en el hombre. La propia razón se ha encargado de mostrar a los hombres que ella no basta. Que únicamente el mito posee la profunda virtud de llenar su yo profundo»... «El mito mueve al hombre en la historia. Sin un mito la existencia del hombre no tiene sentido histórico, la historia la hacen los hombres poseídos e iluminados por una creencia superior, por una esperanza sobrehumana. Los demás hombres son el coro anónimo del drama». ⁽³⁾

La búsqueda de Mariátegui por acentuar todo el poder transformativo que impulsa la idea marxista, llevarla al terreno social en toda su extensión, no podría ser impulsada hacia adelante sin la elaboración de un mito que una la cosmovisión subjetiva que poseen las masas sobre la realidad con la realidad misma.

Cuando hoy se busca una definición que explique el posmodernismo, esta definición de Mariátegui quizás sea la más adecuada: «La civilización burguesa sufre la falta de un mito, de una fe, de una esperanza. Falta que es la expresión de su quiebra

material. La burguesía no tiene ya mito alguno. Se ha vuelto incrédula, escéptica, nihilista. El mito liberal renacentista ha envejecido demasiado, el proletariado tiene un mito, la revolución social y hacia ese mito se mueve con una fe vehemente y activa. La burguesía niega, el proletariado afirma». ⁽⁴⁾

Por último, en su obra «En defensa del marxismo» Mariátegui ve nitidamente que el concepto de mito no tiene una explicación idealista, sino como una herramienta de la praxis política: «cada acto del marxismo tiene un acento de fe, de voluntad, de convicción heroica y creadora, cuyo impulso sería absurdo buscar en un mediocre y pasivo sentimiento determinista». ⁽⁵⁾

La utilización del mito soreliano como una herramienta política en el pensamiento marxista latinoamericano no se limita a Mariátegui. Otros intelectuales también recurrieron a este instrumento en su obra, Mella Recabarre, pero es en el trabajo de Aníbal Ponce donde se percibe con mayor nitidez la apelación del mito para que el proletariado comprenda cuál es su misión histórica.

Debido a que este artículo es una primera reflexión sobre el problema del mito como herramienta política, nos es imposible profundizar sobre la aplicación del mito que estos intelectuales hacen en su obra.

Como reflexión final podemos afirmar que la revalorización y adaptación del mito soreliano, como en su momento hicieron Mariátegui y Ponce entre otros, es uno de los caminos para disputar la hegemonía cultural neoliberal y es función de los intelectuales recrear y actualizar este mito, para poder empezar a articular políticas que resistan al neoliberalismo. Ya que hoy cuando la burguesía enterró definitivamente el mito de la Revolución Francesa de Libertad, Fraternidad y Solidaridad reemplazándolos por el posmodernismo individualista, el nihilismo y la desesperanza, llegó el momento de recrear el mito de una sociedad justa, igualitaria, libre y democrática. El único camino que hoy hay para llegar a la misma es el socialismo. Es el momento de enterrar definitivamente los símbolos del águila arrogante que todo vigila o la imagen de la paloma que pacifica con la conciliación y desempolvar símbolos más viejos, aquellos instrumentos de trabajo y de la guerra, capaces de cosechar y martillar, ya que son los más apropiados para explicar el desafío que hoy se le presenta a la humanidad.

Notas al pie

(1) Jorge Sorel - Reflexiones sobre la violencia. 1961. Págs. 47/48.

(2) J.C. Mariátegui - El Alma Matinal.

(3) J.C. Mariátegui - Op. Cit.

(4) J.C. Mariátegui - Op. Cit.

(5) J.C. Mariátegui - En defensa del marxismo.